

CHRISTOPHER ISHERWOOD

ADIÓS A BERLÍN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Goodbye to Berlin*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1939 by Christopher Isherwood. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2014 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-27-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 876-2014

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Los seis relatos contenidos en este volumen forman una narración más o menos continua. Son los únicos fragmentos que han quedado de lo que originalmente había de ser una voluminosa novela sobre el Berlín anterior a Hitler. Mi intención era haberla llamado *The lost*. Sin embargo, cambié ese título: era demasiado pretencioso para esta breve secuencia un tanto inconexa de diarios y apuntes.

Los lectores de *Mr. Norris changes trains* (publicado en Estados Unidos como *The Last of Mr Norris*) advertirán tal vez que algunos personajes y situaciones de aquella novela coinciden a veces y contradicen otras lo que he escrito en ésta—Sally Bowles, por ejemplo, tenía que tropezar con Mr. Norris en la escalera de Fräulein Schroeder; Christopher Isherwood encontraba ciertamente a William Bradshaw dormido en su cama al regresar a casa una noche—. La explicación es sencilla: las aventuras de Mr. Norris formaron una vez parte de *The lost*.

Aunque haya dado mi propio nombre al «yo» de este relato, los lectores no tienen por qué suponer que sus páginas son puramente autobiográficas, o que sus personajes son difamatorios retratos exactos de personas reales. «Christopher Isherwood» no es más que el práctico muñeco del ventrílocuo.

El primer «Diario de Berlín», «Los Nowak» y «Los Landauer» ya han aparecido en la edición *New Writing* de John Lehmann. A su vez, el «Diario de Berlín» y «Los Nowak», así como el segundo «Diario de Berlín», han aparecido en su *New Writing* de Penguin. «Sally Bowles» fue originalmente publicado como un volumen independiente por Hogarth Press.

C. I.

Septiembre de 1935

DIARIO DE BERLÍN
(OTOÑO DE 1930)

Desde mi ventana, la calle aparece profunda, solemne y sólida. Tiendas en sótanos donde los faroles arden todo el día, bajo la sombra de fachadas con balcones demasiado pesados, sucias fachadas de yeso con volutas y símbolos heráldicos grabados en relieve. Todo el barrio es así: calles que conducen a calles con casas semejantes a cajas fuertes desvincijadas y monumentales atestadas de objetos de valor deslucidos y de muebles de segunda mano de una clase media arruinada.

Soy una cámara con el obturador abierto, totalmente pasiva, que registra sin pensar. Registra al hombre que se afeita en la ventana de enfrente y a la mujer del kimono lavándose el cabello. Algún día, habrá que revelar, hacer copias cuidadosamente y fijar todo esto.

A las ocho en punto de la noche se cerrarán las puertas de las casas. Los niños están cenando. Las tiendas están cerradas. El rótulo luminoso está encendido sobre el timbre nocturno del pequeño hotel de la esquina, donde se puede alquilar una habitación por horas. Pronto comenzarán los silbidos. Los jóvenes llaman a sus chicas. De pie, ahí abajo, en el frío de la noche silban a las ventanas iluminadas de las cálidas habitaciones donde las camas ya están preparadas para la noche. Quieren que les dejen entrar. Sus llamadas resuenan en el profundo vacío de la calle, lascivas, tristes e íntimas. Por oír esos silbidos no me importa quedarme en casa al anochecer. Me recuerdan que estoy en una ciudad extranjera, solo y lejos de casa. A veces me propongo no escucharlos, cojo un

libro e intento leer. Pero sé que pronto sonará una llamada tan desgarradora, tan insistente, tan desesperadamente humana que terminaré por levantarme y mirar furtivamente a través de las persianas para comprobar algo que sé muy bien que no puede ocurrir: que me estén llamando a mí.

Cuando la estufa está encendida y la ventana cerrada, la habitación emana un extraordinario olor que no es del todo desagradable: una mezcla de incienso y bollos rancios. La alta estufa de azulejos de preciosos colores, semejante a un altar. El lavamanos que recuerda un cofre gótico. El armario también es gótico, con ventanas catedralicias talladas: Bismarck está frente al rey de Prusia en vidrio de colores. Mi mejor silla sería adecuada como trono de un obispo. En la esquina, tres falsas alabardas medievales (¿de alguna compañía teatral en gira?) están unidas formando un perchero. Fräulein Schroeder desatornilla las puntas de las alabardas y las abrillanta de vez en cuando. Son pesadas y lo suficientemente afiladas como para matar a alguien.

Todo en la habitación es así: innecesariamente macizo, anormalmente pesado y peligrosamente afilado. Aquí, en el escritorio, me enfrento a una falange de objetos metálicos: un par de candelabros con forma de serpientes entrelazadas, un cenicero del que surge la cabeza de un cocodrilo, un abrecartas copiado de una daga florentina, un delfín de latón que sujeta en el borde de la cola un pequeño reloj roto. ¿Adónde van a parar tales cosas? ¿Podrán ser destruidas algún día? Probablemente permanecerán intactas durante miles de años: la gente las atesorará en museos. O puede que simplemente sean fundidas para hacer municiones en una guerra. Todas las mañanas, Fräulein Schroeder las coloca cuidadosamente en determinadas posiciones invariables:

allí se quedan, como una inquebrantable declaración de lo que opina sobre el Capital, la Sociedad, la Religión y el Sexo.

Se pasa el día deambulando por el piso, inmenso y lóbrego. Amorfa pero atenta, va de habitación en habitación con sus andares de pato, en zapatillas y con una bata floreada ingeniosamente prendida con alfileres para que no se le vea ni un centímetro de corpiño o de enaguas, dando toques con el plumero, fisgando, espiondo, metiendo su naricita puntiaguda en los armarios y en el equipaje de sus inquilinos. Tiene ojos oscuros, brillantes e inquisitivos y un bonito cabello castaño ondulado del que se siente orgullosa. Debe de rondar los cincuenta y cinco años.

Hace mucho tiempo, antes de la guerra y la inflación, gozaba de una posición relativamente acomodada. Pasaba las vacaciones de verano en el Báltico y tenía una criada para las labores domésticas. Ha vivido aquí durante los últimos treinta años aceptando huéspedes. Comenzó a hacerlo porque le gustaba tener compañía.

—Mis amigos solían decirme: «Lina, ¿cómo es posible? ¿Cómo puedes soportar que unos extraños vivan en tu casa y te estropeen los muebles, cuando tienes suficiente dinero para ser independiente?». Y yo siempre les respondía lo mismo: «Mis inquilinos no son inquilinos. Son mis invitados». Ya ve, Herr Issyvo, en aquellos tiempos podía permitirme ser muy exigente con la clase de personas que venían a vivir aquí. Podía seleccionar y elegir. Sólo aceptaba huéspedes bien educados y con buenas relaciones, gente de buena familia (como usted, Herr Issyvo). Una vez tuve un *Freiherr* [barón], un *Rittmeister* [oficial de caballería] y un *Professor* [catedrático]. A menudo me hacían regalos: una botella de coñac, una caja de bombones o unas flores. Y cuando uno de ellos se iba de vacaciones siempre me enviaba una postal: de Londres, de París, o de Baden-Baden.

¡Qué postales más bonitas solía recibir!...

Y ahora Fräulein Schroeder ni siquiera tiene una habitación propia. Tiene que dormir en la sala de estar, detrás de un biombo, en un pequeño sofá con los muelles rotos. Como en tantos otros pisos antiguos de Berlín, nuestra sala de estar conecta la parte exterior de la casa con la interior. Los huéspedes que viven en la parte exterior tienen que atravesar la sala de estar para ir al cuarto de baño, de manera que a menudo perturban el sueño de Fräulein Schroeder durante la noche.

—Pero me vuelvo a dormir enseguida. No me importa. Estoy demasiado cansada.

Tiene que hacer ella misma todo el trabajo de la casa y ello le ocupa la mayor parte del día.

—Si alguien me hubiera dicho hace veinte años que fregara el suelo de mi casa, le habría abofeteado. Pero te acostumbras a hacerlo. Una se acostumbra a todo. Fíjese, me acuerdo de la época en que me habría cortado la mano derecha antes que sacar los muebles de esta habitación... Y ahora—dice Fräulein Schroeder recalcando sus palabras con un gesto—, ¡Dios mío!, me resulta tan sencillo como servir una taza de té.

Le encanta enseñarme las diversas señales y manchas dejadas por los inquilinos que ocuparon esta habitación:

—Sí, Herr Issyvo, cada uno de ellos me ha dejado un recuerdo... Mire aquí, en la alfombra. La he enviado a la tintorería no sé cuántas veces, pero no se quita con nada, ahí es donde Herr Noeske vomitó después de su fiesta de cumpleaños. ¡Dios sabe qué comió para hacer semejante estropicio! Había venido a Berlín a estudiar, ¿sabe? Sus padres vivían en Brandenburgo, una familia de primera ca-

tegoría, ¡se lo aseguro! ¡Tenían montones de dinero! Su padre era cirujano y desde luego quería que su chico siguiera sus pasos... ¡Qué joven tan encantador! Yo le decía: «Herr Noeske, disculpe, pero tiene que trabajar muy duro, ¡exprimirse la sesera! Piense en su Herr papá y en su Frau mamá; no es justo que malgasten así su dinero. Hasta sería mejor que lo tirase al Spree. ¡Al menos causaría sensación!». Yo era como una madre para él. Y siempre que se metía en algún lío, era terriblemente inconsciente, venía derecho a verme: «Schroederschen—solía decirme—; por favor, no se enfade conmigo... Anoche estuvimos jugando a las cartas y perdí toda mi asignación mensual. No me atrevo a decírselo a mi padre...». Y entonces me miraba con aquellos ojos enormes. ¡Yo ya sabía lo que quería, el muy tunante! Pero no tenía valor para negárselo. Así que me sentaba y escribía una carta a su Frau mamá suplicándole que le perdonase por aquella vez y le enviara un poco más de dinero. Y ella siempre lo hacía... Por supuesto, como mujer, he sabido cómo apelar a los sentimientos de una madre, aunque yo no haya tenido hijos... ¿De qué se ríe, Herr Issyvoo? ¡Vaya, vaya! A veces se cometen errores, ¿sabe? Y aquí es donde Herr Rittmeister derramaba siempre el café sobre el papel de la pared. Solía sentarse en ese sofá con su prometida. «Herr Rittmeister—le decía yo—, haga el favor de tomarse el café en la mesa. Si me permite que se lo diga, ya habrá tiempo de sobra más tarde para los demás...». Pero no, él siempre se sentaba en el sofá. Y luego, no hace falta decirlo, cuando comenzaba a sentirse un poquito enardecido, ¡hala!, ¡a tirar las tazas de café!... ¡Un caballero tan guapo! Su Frau mamá y su hermana venían a visitarnos a veces. Les gustaba venir a Berlín. «Fräulein Schroeder—solían decirme—, no sabe lo afortunada que es por vivir aquí, justo en medio de todo. Nosotras no so-

mos más que unas provincianas, ¡le envidiamos! ¡Y ahora cuéntenos los últimos escándalos de la Corte!». Claro que estaban de broma. Tenían la casita más bonita del mundo, no lejos de Halberstadt, en el Harz. Solían enseñarme fotografías. ¡Un auténtico sueño! ¿Ve esas manchas de tinta en la alfombra? Ahí es donde el Professor Koch solía sacudir su pluma. Se lo dije cientos de veces. Al final, puse incluso hojas de papel secante en el suelo en torno a su silla. Era tan distraído... ¡Qué caballero tan encantador! Y tan sencillo. Le tenía mucho cariño. Si le remendaba una camisa o le zurcía un calcetín, me lo agradecía con lágrimas en los ojos. También le gustaba gastar bromas. A veces, cuando me oía venir, apagaba la luz y se escondía detrás de la puerta; y luego rugía como un león para asustarme. Igual que un niño...

Fräulein Schroeder puede seguir así, sin repetirse, durante horas. Cuando llevo escuchándole cierto tiempo, me doy cuenta de que caigo en un curioso estado de trance depresivo. Comienzo a sentirme profundamente desdichado. ¿Dónde están ahora todos aquellos inquilinos? ¿Dónde estaré yo mismo dentro de diez años? Desde luego, aquí no. ¿Cuántos mares y fronteras tendré que cruzar hasta alcanzar ese lejano día? ¿Adónde tendré que viajar, a pie, a caballo, en coche, en bicicleta, en aeroplano, en barco de vapor, en tren, ascensor, escalera mecánica y tranvía? ¿Cuánto dinero necesitaré para ese largo viaje? ¿Cuánta comida, gradual y cansinamente consumiré en el camino? ¿Cuántos pares de zapatos desgastaré? ¿Cuántos miles de cigarrillos fumaré? ¿Cuántas tazas de té y cuántos vasos de cerveza beberé? ¡Qué horrible e insípida perspectiva! Y encima tener que morir... Una súbita, imprecisa punzada de aprensión atenaza mis entrañas y tengo que disculparme para ir al retrete.

Al enterarse de que antaño fui estudiante de medicina, me confiesa que se siente muy desdichada por el tamaño de su pecho. Sufre de palpitaciones y está segura de que la causa son los esfuerzos a los que somete a su corazón. Se pregunta si debería operarse. Algunos conocidos le han aconsejado que lo haga, otros opinan lo contrario:

—¡Ay, querido! ¡Es tal el peso que una se ve obligada a soportar! Y figúrese, Herr Issyvoov ¡yo era antes tan delgada como usted!

—Me imagino que tendría muchos admiradores, ¿no, Fräulein Schroeder?

Sí, docenas. Pero sólo un «amigo». Era un hombre casado, separado de su mujer, que no quería divorciarse de él.

—Vivimos juntos once años. Murió de neumonía. A veces me despierto en la noche cuando hace frío y deseo que estuviese aquí. Si una duerme sola nunca acaba de entrar en calor.

Hay otros cuatro inquilinos en el piso. En la puerta contigua a la mía, en la gran habitación exterior, vive Fräulein Kost. En la habitación de enfrente, que da al patio, Fräulein Mayr. En la parte interior, más allá de la sala de estar, vive Bobby. Y detrás de la habitación de Bobby, encima del baño, al final de la escalera, hay un ático diminuto, al que Fräulein Schroeder se refiere, por alguna razón misteriosa, como «el pabellón sueco». Se lo alquila, a veinte marcos al mes, a un viajante de comercio que está fuera todo el día y gran parte de la noche. A veces me lo encuentro los domingos por la mañana, cuando anda arrastrando los pies por la cocina, en pantalones y camiseta, disculpándose por estar a la caza de una caja de cerillas.

Bobby trabaja en un bar de la zona oeste de la ciudad lla-

mado La Troika. Ignoro su verdadero nombre. Ha adoptado éste porque los nombres de pila ingleses están de moda ahora entre las mujeres mundanas de Berlín. Es un joven pálido, de aspecto preocupado, elegantemente vestido y con el cabello negro, fino y lustroso. A primera hora de la tarde, recién levantado de la cama, se pasea por el piso en mangas de camisa y con una redecilla en el pelo.

Fräulein Schroeder y Bobby se tratan con mucha familiaridad. Él le hace cosquillas y le da palmaditas en el trasero; ella le golpea en la cabeza con una sartén o con un estropajo. La primera vez que los sorprendí en una de esas refriegas, se quedaron bastante avergonzados. Ahora aceptan mi presencia como algo normal.

Fräulein Kost es una muchacha rubia y colorada, de grandes ojos azules y expresión tonta. Cuando nos encontramos, al ir y venir del baño con nuestras batas, evita pudorosamente mi mirada. Está rellenita, pero tiene buen tipo.

Un día pregunté abiertamente a Fräulein Schroeder: ¿qué profesión ejerce Fräulein Kost?

—¿Profesión? Ja, ja, ja. ¡Esa sí que es buena! ¡Es la palabra perfecta! Oh, sí, tiene una buena profesión. Así...

Y con aire de hacer algo extremadamente cómico, comenzó a recorrer la cocina como un pato, sujetando melindrosamente un plumero entre el índice y el pulgar. Al llegar a la puerta, se puso a dar vueltas de una forma triunfal, blandiendo el plumero como si fuera un pañuelo de seda, se besó la mano y me envió burlonamente el beso:

—*Ja, ja, Herr Issyvoo!* Así es como lo hacen.

—No le entiendo muy bien, Fräulein Schroeder. ¿Quiere decir que es equilibrista?

—Je, je, je. Muy bueno de veras, Herr Issyvoo. ¡Sí, exactamente! ¡Eso mismo! Camina por la cuerda floja para ganarse la vida. ¡Es una buena descripción!